

LA CAMPANA DE HUESCA

REVISTA QUINCENAL

Historia—Literatura—Leyendas—Tradiciones—Poesía—Noticias, etc. del Alto Aragón

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Huesca, trimestre.... 0'75 pesetas.
Fuera, idem. 1 "
Número suelto..... 0'10 "

Pago adelantado.

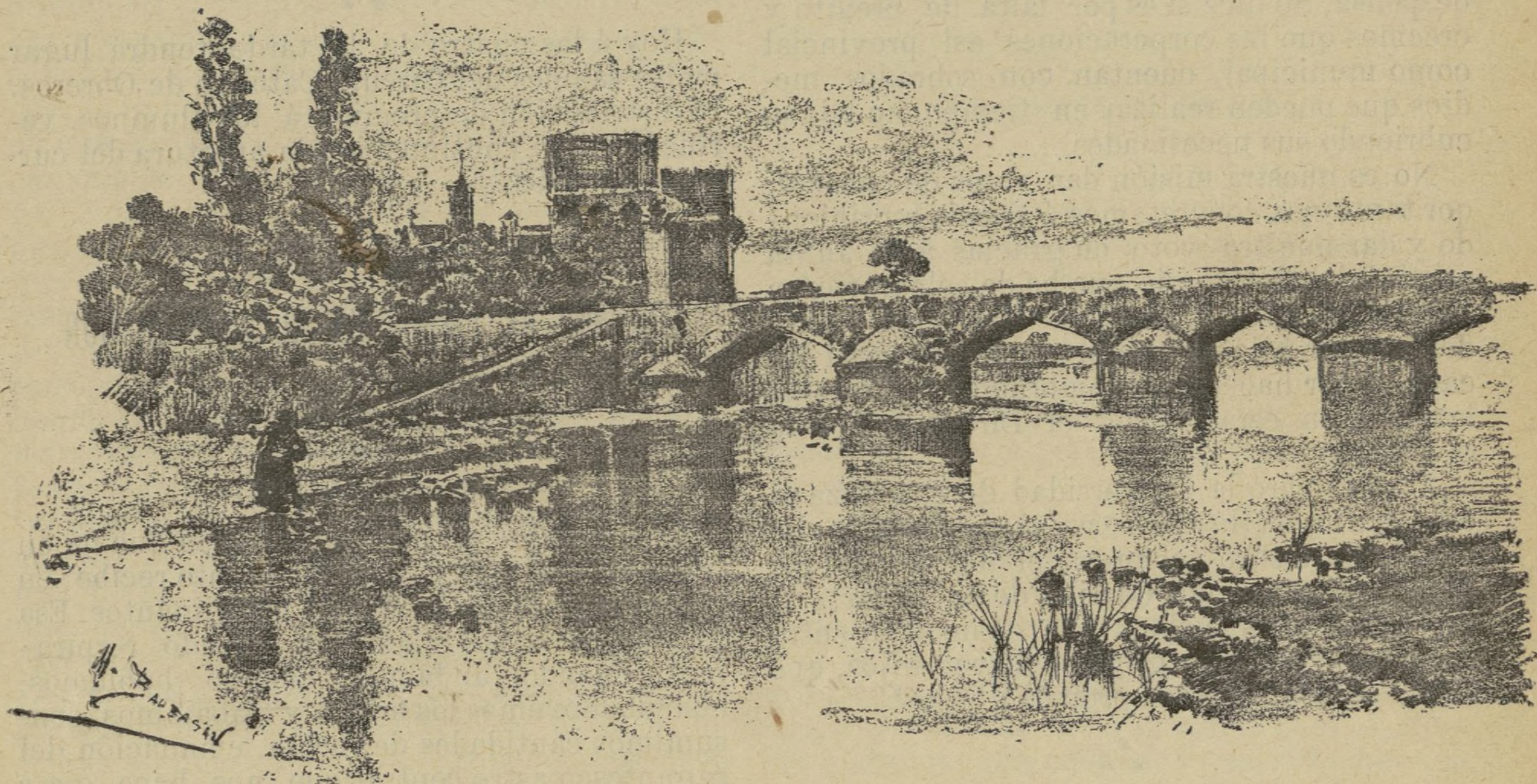
DIRECCION Y REDACCION

Coso bajo, núm. 103

HUESCA

La correspondencia á la
imprensa de este periódico
á nombre del Administrador

No se devuelven originales



PAISAJE (DIBUJO DE D. M. BARBASÁN.)

SUMARIO

Notas de la quincena, por X.—Fomento de riegos en el Alto-Aragón, por D. Joaquín Costa.—Páginas africanas, por R. C.—El autor de «Dios Irá», por A. Schwartz.—La vida antes que la bolsa, por Santiago Román y Prieto.—Biografía del célebre diplomático y distinguido literato español, Excmo. Sr. D. José Nicolás de Azara y Perera.—Al General Ricardos, soneto, por Manuel del Palacio.—Cantares populares.
Grabado.—Paisaje (Dibujo de M. Barbasán)

Notas de la quincena

El entusiasmo nacional contra los kábilas del Riff aumenta progresivamente, no obstante de facilitarles los españoles fusiles sistema Remington.

Bien es verdad que los traidores son conocidos antes y después de Judas, pero también es cierto que á costa del entusiasmo hacen su agosto mas de cuatro patrioterros de café.

Los comestibles, en el teatro del suceso, ó sea Melilla, tienen un precio exorbitante, aunque en esta comarca distante algunos cientos de leguas de Africa no podemos granjearnos tampoco del precio que cuestan ciertos artículos y Asilos benéficos hay en esta ciudad, según decir de un colega, que ni barato ni caro pueden hacer grandes provisiones en su despensa. Se dice si es por falta de crédito y creemos que las corporaciones así provincial como municipal, cuentan con sobrados medios que pueden realizar en tiempo no lejano cubriendo sus necesidades.....

No es nuestra misión dar votos de censura; por tanto nos concretamos á seguir escribiendo y dar nuestro voto de gracias á la Junta central del centenario que ha de celebrarse en Barbastro el 13 del próximo Marzo en honor del insigne hijo de esta provincia, General Ricardos, por haber sido nombrado miembro de la Junta en esta ciudad el Director de esta revista.

Ayer celebró la Universidad de Zaragoza el centenario del ilustre Cervuna, mañana la ciudad de Barbastro celebrará el del Excmo Sr. D. Antonio Ricardos Carrillo de Albornoz.

¡Dichosos los pueblos que dedican su entusiasmo á cantar las glorias de sus hijos, que al fin de todo son sus propias glorias!

* *

De nuestro apreciable colega *El Diario de Avisos de Zaragoza* tomamos la siguiente noticia, interesante para toda esta comarca.

Al señor Moret se presentó una comisión de Huesca compuesta del Ilmo. Sr. Obispo, los Diputados á Cortes Sres. Alvarado, Lacadena y Camo, una comisión de la Diputación provincial, otra del Ayuntamiento de Huesca y varios alcaldes de los pueblos de la zona regable del pantano del Roldan.

El señor Obispo, después de presentar al señor ministro á los citados señores y comisiones, les dió las gracias en nombre de todos por las gestiones acerca del pantano del Rol-

dan, rogándole persista en tan nobles propósitos.

El ministro replicó que antes de Enero se anunciaría la subasta pública de la obra.

El Sr. Naval, presidente de la Diputación, expresó al señor ministro iguales conceptos que el señor Obispo, agregando que presentarían una instancia en la que noventa pueblos suplicaban la modificación del plan de ferrocarriles secundarios en la provincia, documento que se entregaría al director de Obras públicas. El Ayuntamiento de Huesca, por medio de su representante, saludó al Sr. Moret, rogándole se dignara seguir protegiendo al Alto-Aragón.

A todos contestó el Sr. Moret que dentro de la ley y por la ley hacia y haría en favor de Aragón todo lo que posible cabe.

Las comisiones salieron satisfechas y complacidas.

* *

El ilustrado médico, nuestro distinguido amigo y colaborador D. Pedro Lain Sorrosal, ha sido nombrado profesor de gimnasia en el Instituto de 2.^a enseñanza de esta ciudad.

Le damos nuestra más cordial enhorabuena.

* *

Hoy á las cuatro de la tarde tendrá lugar en los salones del Círculo Católico de Obreros, la distribución de premios á los alumnos, verificándose á continuación la apertura del curso de 1893-94.



FOMENTO DE RIEGOS EN EL ALTO-ARAGÓN

POR

D. JOAQUÍN COSTA.

(Continuación.) (1)

Es el hombre un centro dinámico que dá en trabajo espiritual y corporal cuanto recibe en fuerza latente por medio de los alimentos. Esa fuerza procede toda del sol: cuando respiramos, cuando andamos, cuando hablamos, cuando movemos los brazos y trabajamos, consumimos cantidades de fuerza, emanación del gigantesco astro central que nos hace girar en torno suyo, no como á manera de súbditos, sino como hijos á quienes ha engendrado y sustenta con su *trabajo*. El sol es la fuente de nuestra asistencia. Pero el cuerpo no puede tomar esa fuerza del sol *al natural*, directamente, sino encarnada en materia viva, preparada y aderezada por un ser orgánico. El artífice que ejecuta esta obra de fijación ó concreción de energía solar en un grado más sencillo, es el vegetal: por sus hojas descompone el ácido carbónico y el vapor de agua, dejando en libertad el oxígeno, y aprisionando y re-

(1) Véase los números 12 y 13.

teniendo el hidrógeno y el carbono, para cuya descomposición ha menester consumir una gran cantidad de calórico solar sensible, que se hace latente; por sus raíces absorbe una gran cantidad de sales potásicas, amoniacales y de hierro, ácido fosfórico, azufre, sílice, oxígeno, y otros minerales. Estas dos clases de materias se van difundiendo por el vegetal, entran en el círculo de acción de la célula, sométense á las leyes fisiológicas, se combinan en forma de órganos vegetales y de productos inmediatos eminentemente combustibles, hojas, flores, frutos, cortezas, jugos, azúcar, almidón, aceite, fibra, leña, etc. Luego, así como el trigo se convierte en un producto superior, el pan, por arte del molinero y del tahonero, los productos vegetales pasan al cuerpo del animal, quemándolos sus pulmones y músculos, recomponiendo el ácido carbónico y el agua, antes descompuestos, hace con esto otra vez sensible la fuerza viva del sol que se había consumido, y héchose latente en el trabajo de descomposición, y con ella se alimenta, esto es, repara las pérdidas de fuerza y de calor vital que experimenta en los diversos trabajos, movimientos y acciones de cuya complicada trama resulta la vida, y crea á este propósito productos de más compleja y perfecta estructura que los productos vegetales: leche, sangre, carne, en los cuales la fuerza mecánica de las vibraciones solares, antes diluida en el vegetal, se concentra en más breve espacio, y se hace, por tanto, más poderosa y eficaz. Obrase el fenómeno en nuestro cuerpo lo mismo que en una lámpara ó que en una chimenea. Ponen estas en contacto el carbono del vegetal (aceite, alcohol, gas, leña, hulla, pez, etc.) con el oxígeno del aire ambiente, al reconstruir el ácido carbónico destruido en el acto de la vegetación, restituyen y dejan en libertad el calor y la luz que para aquel trabajo habían absorbido, tomándolo del sol; luz y calor libres que el hombre aplica á calentar y alumbrar las habitaciones en ausencia del sol, á crear una temperatura artificial para las plantas, á dilatar el aire y el agua, á fin de poner en movimiento una máquina, un arado, un vehículo, una noria, etc. Análoga combustión, absorción de oxígeno y reconstitución de ácido carbónico, obradas en el hogar de los pulmones, de los músculos y de los nervios, determinan un desarrollo idéntico de calor y de fuerza en nuestro cuerpo, que además de reparar la pérdida de fuerzas sufridas por él á causa de su convivencia y continuidad con la naturaleza (nutriéndolo, cambiando la sangre en tejidos y humores), se transforma también en trabajo, aplicable á levantar y transformar pesos, cavar la tierra, mover una bomba, labrar madera ó hierro, hablar, escribir, grabar, etc.

Nuestra alimentación, pues, y nuestra existencia toda dependen y proceden del sol, pero no directamente, sino por un rodeo: entre el calor del sol y el calor vital de nuestro cuerpo,

como entre el calor y la luz que emanan del sol, y el calor y la luz que irradian de una lámpara ó de un hogar, para poder transubstanciarse en el hombre, para humanarse, tiene que principiarse por sufrir una nueva transformación, plegarse á las condiciones de nuestro organismo, tomar carne y vivificarse. Sin esta condición sería inasimilable. Pero ¿no se podría tomar esa fuerza directamente en su fuente, suprimir ese trámite que representa un como comercio entre la naturaleza, ó mejor dicho, entre el sol (almecénista ó productor) y el hombre (consumidor), ponerlos en relación inmediata, y economizar la suma incalculable de tiempo, de fuerza y de vida que se consume en esas operaciones de transformación, y por decirlo así, de alimentación de lo inorgánico en su ascenso progresivo hacia lo orgánico? Respuesta categórica: en su primera forma de manifestación, como fuerza física, sí; en su grado sublimado, como calor vital y fuerza orgánica, no. El combustible del hogar y de la lámpara pueden jubilarse. El combustible propio del estómago, no se conoce todavía sistema ni procedimiento para reemplazarlo.

(Continuará)

PAGINAS AFRICANAS

La guerra de Africa.

Era yo muy pequeño: tenía cuatro años y meses, y lo recuerdo como si fuera ahora.

Estaba en mi pueblo, con mis padres. En la anchurosa chimenea de boca de campana ardían algunos troncos de olivos, cuyas rogizas llamas, ribeteadas de azul, temblaban, besando cariñosas los jugosos troncos, que lloraban, protestando, con estallidos y chispas, de ser quemados.

Ya había anochecido y comenzaba la velada. Mi madre hacía calceta, mientras algunas mujeres del pueblo desgranaban mazorcas de maíz, rezando todas algunas preces á la Virgen María, que procuraban aligerar para concluir antes de que comenzase el juego de cartas, cuyo partido lo formaban el cura, el juez, mi padre que era médico, y un labrador rico.

Rezaban las mujeres muy fuerte al comienzo de la oración y luego disminuía la voz, como si le pusiese pedal á la garganta, de manera que el *Amen Jesús* resultaba un silbido gracioso, como si las dos palabras no estuviesen constituidas más que por la ese final, que arrastraban indefinidamente.

Comenzaron á llegar los hombres, se preparó la mesa, y como el cura se hubiese mezclado en el rezo, aguardaron, descubiertos á que concluyese la ceremonia religiosa. La baraja estaba sobre el tapete mostrando la yema

amarilla del as de oros, que sonreía con la placidez que le prestaba su inocente dibujo.

Allá en el interior de la casa se oía el chirrido del aceite hirviendo y ruido de fritanga. Era María Rosa que preparaba la cena.

—Porque nuestro ejército venza á los moros—dijo el cura,—Padre nuestro y Ave María.

Entonces ya no rezaron sólo las mujeres; médico, juez y labradores murmuraron la oración con tal solemnidad, que yo mismo, que jugaba con mi hermano á orillas del fuego, quedé sorprendido y atónito.

—¡Amen Jesússss!—exclamaron todos á coro.

Hubo un momento de silencio, una pausa durante la cual pasaria por aquellas frentes honradas la idea de la patria, un puñado de jóvenes que, hambrientos y rotos, acometían á los moros, muchos heridos, y muchos muertos, mucho humo y, en medio del humo, algunas banderas gualdas y rojas hechas jirones. Y todo ello en el rigor del invierno, bajo una lluvia torrencial, en suelo extraño.

—¿Con que nada se sabe de nuestro Ejército?—preguntó el juez.

—Va de victoria en victoria—dijo mi padre.

—Menos mal si es así—añadió uno.

—¡Cuántos muertos! exclamó una mujer.

—¿No podríamos todos ser amigos?—indicó otra con una cara que parecía la Virgen de Rosal.

—Amigos de esos infieles marroquies—saltó el cura, que era un hombre flaco, de larga nariz y ojos hundidos,—nunca; antes moriremos todos los españoles. Han ofendido nuestra santa Religión y nuestro decoro nacional; nunca podremos ser sus amigos.

—Sin embargo O' Donnell es partidario de la paz en buenas condiciones.

—Que nos paguen la deuda.

—Y que nos entreguen á Muley el Abbas.

—¿Para que? Es un valiente.

—Pero nos ha muerto muchos soldados.

—Pues por eso debemos respetarlo. El defiende á su país como nuestras tropas al nuestro.

Así hablaron largo rato, hasta que, agotada la conversación de la guerra, durante la cual se dijeron mil exageraciones, el cura invitó á sus compañeros á jugar. Mas no bien se había designado sitio y dado las cartas, cuando se oyeron repetidos golpes en la puerta de la calle. *Chaume*, el fiel de casa, se levantó á abrir. Era el alguacil Birli, un hombre sumamente servicial y gracioso.

—Señor—dijo encarándose con mi padre,—el alcalde, que se llegue usted á casa de la villa con el señor juez.

—¿Hay alguna novedad?—preguntaron.

—¡Pché!—creo que hemos dado una batalla á los moros,—contestó Birli bajando los ojos al suelo con modestia, mientras daba vuelta á la gorra galoneada, que sujetaba con ambas manos.

—Vamos allá—dijeron ambos levantándose.

Parece que lo veo todavía; el juez, D. Segundo San Juan, se puso un capote gris, una bufanda á cuadros verdes y negros y un sombrero de anchas alas.

Mi padre se embozó en una inmensa capa verde con alamares de plata figurando bellotas; y sin quitarse el casquete de terciopelo rojo con borla negra, salió á la calle.

Birli cerró el postigo tras de ellos, la conversación se hizo general y recayó sobre la guerra. Era preciso concluir con tanta sangre. ¿Quién sabe lo que habría pasado? Del pueblo había 30 mozos en Africa. ¡Pobrecitos! La tía Calva tenía uno; ni siendo viuda, lo había podido salvar; el Moreno tenía otro, Juan el Tuerto y Bocha.

¡Cuántos soldados no volverían á sus casas! ¡Y todo porque los marroquies nos habían insultado!

Así pasó el tiempo, media hora escasa. Sonaron algunos golpes en la puerta.

—¡Ya está ahí!—exclamaron todos.

—¿Quién es?—Preguntó *Chaume*.

—¡Victoria!—contestaron de fuera mi padre y el Juez.

Entraron en triunfo gritando:

—¡Viva España! ¡Viva Prim!

—¡Viva!—repitieron hombres y mujeres, frenéticos de alegría.

Entonces el Juez refirió la hazaña: Estaban nuestras tropas perdidas, se habían los moros apoderado hasta de las provisiones; el mismo O' Donnell no sabía á qué atenerse; Prim tuvo una inspiración, cargó á la cabeza del ejército, y arrolló á la morisma.

—¡Viva España! ¡Viva Prim! repitieron.

Este es el único recuerdo que tengo de la guerra de Africa, y aun este sin detalles, porque cuando se calmó el entusiasmo patriótico me acostaron, y aún en sueños oí durante la noche:

—¡Viva España! ¡Viva Prim!

R. C.

EL AUTOR DEL «DIES IRÆ»

En el pueblecillo de Assise, á la sombra de los Apeninos, donde el Tiber se encuentra con el Arno, se eleva sobre la *Collis Paradisi* la iglesia de San Francisco, el caballero del Crucificado (*Equus crucifixi*). Cuando cesa el viajero de contemplar las figuras de Giotto representando la Pobreza, la Castidad y la Obediencia, esas amantes de los caballeros de Cristo, desciende por una escalera á una capilla abierta en la roca. Allí, bajo el altar descansan, según la tradición, las huesos del hijo de Pedro Bernardini, cuya aparición en este bajo mundo fué como la estrella de la mañana atravesando las nubes.

En los primeros años del siglo XIII estaban reunidos un día algunos monjes en la iglesia

de Nuestra Señora de los Angeles, más conocida después con el nombre de *Portiúncula*. Les había allí convocado un hombre que parecía ser literalmente un mensajero del cielo. «¡Ah, cuán maravillosa era su belleza! ¡Cuán brillante su esplendor!», escribe tres años después de su muerte su biógrafo Tomás de Celano. Quien había inspirado tan extraordinario entusiasmo era el predicador Francisco. Cuando estaba allí, de pie, en medio de sus discípulos, vestido con su sarga gris, con su cogulla en forma de cruz, diciendo con toda sencillez, pero con la elocuencia que sólo da una convicción profunda, que hay un sentido definido en las palabras de su divino Maestro, y que es preciso interpretarlas en su sentido literal; cuando añadía que el ideal no está demasiado por encima de ellos para que llegaran á alcanzarlo, sino que es una parte integrante de la realidad; cuando les invitaba á no separarse del mundo y á vivir como campeones cristianos, combatiendo por un soberano celeste; cuando, finalmente, expresaba su firme confianza en que el corto número de sus oyentes llegaría á ser algún día gran multitud, ¿quién podría negarse á creer que su pálido semblante se iluminaba con un reflejo de los astros del cielo y parecía á sus discípulos el rostro de un ángel?

Quien lea los anales del siglo XIII experimenta un sentimiento de alivio al penetrar en los muros del primer santuario franciscano, como el que se siente al pasar de la luz de un sol dulsombrador á la luz tenue del crepúsculo. Fuera de estos asilos sólo se vé una sucesión de combates y tumultos. La guerra devastó la más bella región de Italia, y esta guerra es la lucha del poder imperial y de la supremacía pontificia, representada la una por Federico II y la otra por Gregorio IX y sus sucesores; lucha en la cual los güelfos y los gibelinos mezclan sus querellas. Cuando se oye por encima de este estruendo de las armas la armoniosa campana del convento de San Francisco invitando á los fieles el culto de «la Madre de Dios», encarnación de la paz y de la dulzura, amada casi con idolatría por los Franciscanos desde la fundación de su Orden, se siente uno tranquilo y consolado.

La historia nos ha conservado el nombre del primer discípulo de San Francisco de Asís. Llamábase Bernardo Quintavalle, y fué el primero que lo abandonó todo para unirse al *pauperculos christi*, como se le ha apellidado. Otros once siguieron el ejemplo de Bernardo y S. Francisco; como su Divino Maestro empezó su misión con doce discípulos. Algunos eran hombres de clase humilde, pobres y de escasa instrucción; pero otros, sobre todo entre los que se reunieron á los 12, pertenecían por su rango y por su educación á las clases superiores, tales como el célebre Pacífico, Jacopone di Todi, y principalmente Bonaventura, que debió este nombre al mismo S. Francisco, porque, según se cuenta, llamado el Santo á su lado, durante una grave enfermedad

para que rogase por él, y encontrado pocos días atendidos sus rezos, exclamó. «¡Oh buonaventura!»

Sea ó no sea cierta dicha anécdota, es seguro que Francisco tuvo razón al agradecer al cielo esta convalecencia. El *Breviloquium*, los tratados y los poemas de Bonaventura, el Platón de su siglo, con su profunda ciencia y su tierno misticismo, doble expresión de una poderosa inteligencia y de un corazón verdaderamente cristiano, se destacan de los innumerables escritos de la Edad Media, como estrellas de oro en el fondo de oscurísima noche.

Entre los primeros discípulos de San Francisco estaba también un cierto Tomás, llamado Tomás de Celano para distinguirlo de otro del mismo nombre.

Celano, sitio de su nacimiento, es una aldea de los Abruzzos. Nada se sabe de la juventud de Tomás ni de las circunstancias que le hicieron pedir ser admitido en el número de los discípulos de Francisco. Sin una nota incidente de Waldingus, el fiel cronista de la Orden de los Franciscanos, no sabríamos que había formado parte de ella Tomás, que carecía del arte de ponerse en relieve y de recordar sin cesar en el alto mérito, como los autores del siglo XIX. Con modestia y su extrema humildad se expuso á ser desconocido y olvidado en el siglo XIII. Al verle siempre meditando ó sumiso en el estudio de viejos pergaminos, pensando con más frecuencia en las tumbas de los muertos que en la sociedad de los vivos, no adivinábamos su sensibilidad extrema ni la causa de su muda tristeza. Este soñador se afligía por la corrupción creciente de los tiempos y se preguntaba lo que era preciso hacer para detenerla. Cuando la voz de Francisco, cual la de otro Elías, penetró en su retiro, este simpático Elías se levantó, siguió al santo y llegó á ser su amigo.

¡Qué contraste entre el maestro, apasionado é impetuoso, y el tranquilo discípulo! Pero existían entre ellos tan profundas afinidades espirituales, que su amistad era natural. Por parte de Celano convirtióse pronto esta amistad en afecto á la vez tranquilo y apasionado, en una de esas adhesiones inalterables que son la gloria de los espíritus llegados á la perfección cristiana.

Algunos años después de haber conocido á San Francisco, encontramos á Tomás de Celano en Alemania. Había fracasado allí la primera tentativa para fundar la Orden Franciscana. La segunda debía tener mejor éxito. Cellarius fué nombrado jefe de esta piadosa colonia, y le acompañó Tomás. En este tranquilo convento transrhina no encontró su verdadera esfera de trabajo. No siendo un carácter á propósito para luchar con el mundo, con la aprobación de Francisco, gran promovedor de los estudios clásicos, entregóse á ellos convencidísimo, como su maestro, de que lo que contienen de noble y de grande puede, á pesar de su origen pagano, aprovechar á la gloria del mismo Dios. Los tres años pasados en Alema-

nia hubiesen sido los más afortunados de su vida sin la triste noticia que recibió de la muerte de San Francisco. En una tarde de otoño empezó el Santo á dormir sueño eterno sobre la tierra, en edad poco avanzada; verdad es que si no vivió largo tiempo, en cambio vivió mucho, y antes de cerrar los ojos tuvo la alegría de ver á su alrededor á sus discípulos, que se contaban por millares. Tomás recibió este mensaje con resignación y volvió á Italia.

Un año antes de su vuelta, 1230, habia comenzado á escribirla vida de su maestro y amigo. Esta primera biografía era una corta noticia conocida con el título de *Legenda Gregorii IX*, porque habia sido compuesta á petición de este Papa. Podemos, pues, figurarnos á los monjes salmodiando los actos y las palabras del fundador de la Orden, como los trovadores de Provenza iban á Italia á cantar á los compatriotas de Petrarca y de Dante la historia de uno de sus héroes, que valiente en la batalla y galante poeta, llevaba los colores de una dama de la corte de amor. Podemos, pues, figurarnos la expresión de entusiasmo en el pálido rostro de los doce, y su sonrisa de felicidad, cuando oían recordar uno de esos actos de que habian sido testigos y participes, una de esas frases edificantes del santo caballero, cuya bandera habian seguido. Pero no se creyó bastante esta carta biográfica. Crescentius rogó á Tomás redactar otra más extensa; empresa que aceptó con todo el entusiasmo de su alma. Conócese esta segunda biografía de San Francisco con el título de *Segunda antigua*, comenzaba con las palabras *Placuit sanetae universitati vestrae*, y daba detalles de muchos milagros atribuidos al Santo. Bernardo de Bessa hizo un compendio.

He leído esta biografía para formar idea del carácter de Tomás de Celano, porque en la biografía más concienzuda, en la que el biógrafo olvida más su personabilidad para ocuparse tan sólo de quien quiere dar á conocer, no puede evitar el autor salir de vez en cuando de entre bastidores para presentarse en escena. Encuentro en la *Vida de San Francisco*, escrita por Tomás de Celano, una carencia completa de crítica, de que no es el censurable, si no su siglo. Es una crónica á veces artísticamente compuesta, pero con frecuencia confusa. Adviértese en ella gran poder de observación y especial cuidado en anotar todos los detalles y recoger los menores actos y las palabras mas insignificantes que pueden ser útiles al lector. ¡Qué caluroso afecto! ¡Qué sencillez de fé en la relación de los milagros del Santo!

Además de la *Vida de San Francisco de Asis* publicó Tomás de Celano, según nos dice Waddiugus tres secuencias. *Tomás de Celano edidit sequentias tres, quarum prima incipit: Fregit victor virtualis; secunda: Sanctitatis nova signa; tertia: Dies irae, Dies illa!*

Puede leerse la primera *Fregit victor virtualis*, en un misal de París (año 1520) y la se-

gunda *Sanctitatis nova signa*, en las *Acta sanctorum*; ambas son panegíricos de San Francisco. La primera consagrada principalmente á la misión del Santo como reformador, termina con este ruego.

Fac consortes supernorum
Quos informa vita morum
Consequatur grex minorum
Sempiterna gaudia

La segunda es de forma dramática, y en ella responde el santo á las preguntas que le dirige un coro; entre otras hay la siguiente:

Dic, novis, Francisce,
Quid vidiste in cruce,

dirigida probablemente contra los escépticos, comprendiendo en ellos á los Dominicos, que, como es sabido se negaron largo tiempo á creer en las milagrosas llagas, porque después que ha contestado el santo replica el coro:

Credendum est magis Francisco veraci,
Quam mundadorum turbae fallaci.

Se ha negado que Tomás de Celano fuese autor de estas tres secuencias, y hasta del *Dies irae*, á pesar de ser aserto de Waddiugus y de Aloizzi. (1)

A. SCHWARTZ.

(Continuará)

LA VIDA ANTES QUE LA BOLSA.

Edmundo de Amicis vé sarcasmo hiperbólico, cuando afirma Leopardi que hay mayor contrariedad en dar dinero que en dar la vida.

Ni el lector más perspicaz podrá envanecerse de haber entendido todas las sentencias de los grandes autores; por eso no imploro perdón para la modestia de confesar que Leopardi parecióme incomprensible en aquel punto, hasta pocos días há: tal vez por que soy de los que pueden dar sin vacilaciones, la bolsa antes que la vida.

Presentada la cuestión económica por el señor Gamazo, la frase de Leopardi relevantísima en mi memoria, motejome de miope, y hube de comprender, herido en el orgullo que heredé de nuestro padre Adán, la mitad de aquel pensamiento.

El resto de la frase persistía incomprensible para mí. Porque ¿cómo suponer siquiera que cuantos españoles se negaban á sufragar con dinero los gastos del Estado, darian gustosos la vida, si don Germán inspirado por Swdem-

(1) Waddiugus menciona que el himno de *Dies Irae* se atribuyó á uno de los generales franciscanos y también á San Bernardo de Clairvaux, y posteriormente á Hammeslein que habitaba en Zurich en el siglo XV, lo que se supondría que era de fecha mas moderna, pero el ritmo es verdaderamente del siglo XIII.

borg, ó por el mismo Buda, *verbi gratia*, lo exigiese así en un inaudito presupuesto de ingresos?

¡Oh qué pesadilla: ver á Leopardi partido, *sin maldita la gala*, en dos!

Sobrevinieron las hostilidades entre cristianos y moros, y quienes momentos atrás habían dicho, más ó menos explícitamente: «ni con un céntimo queremos contribuir á que Gamazo salve la situación económica de España,» han gritado con heroica viveza: «¡que nos mande López Domínguez á Melilla; queremos morir por la patria!!»

A tales voces, Leopardi se me presentó con toda la verdad de su precitado aserto, y reconviníéndome á De Amicis con estas palabras: «dime ahora qué sarcasmo hiperbólico ni qué niño muerto, has visto en mí»

Lejos ya de mi mente la sombra veneranda del poeta, la imagen simpática del prosista y la misión de un ejército de voluntarios, caí desde el gran mundo de la fantasía al muy pequeño de la gratitud.

Cerca de mí exclamaba un buen hombre: «...debo la felicidad á ese personaje bondadosísimo que con su protección, me trajo de la miseria á este vivir tranquilo y laborioso; por ese señor daría yo *hasta* la última gota de sangre.»

Pero no pude oír al agradecido: «Por ese señor daría yo cuarenta y siete pesetas con quince céntimos, cuando menos.»

Y quien encareciendo su amistad con otro prójimo, sustituía el sacrificio de la existencia, con más aprovechable tributo, no pasaba de prometer que *por Fulano empeñaría la camisa*; adivinando quizás, que ni un ochavo moruno dan en casas de préstamos, por camisas usadas.

En verdad os digo, lectores, que si sólo con aureas monedas de cinco duros, se pudiera castigar y contener á los rifeños, ni nuestros nietos verían el fuerte de Sidi-Aguariach

¿No valdrá la vida un perro chico siquiera?

¿Me tomará el pelo mi novia cuando me llame: «Vida mía?»

SANTIAGO ROMÁN Y PRIETO.

Huesca Octubre de 1893.

BIOGRAFÍA

DEL CELEBRE DIPLOMÁTICO
Y DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL

EXCMO. SR. D. JOSÉ NICOLÁS DE AZARA Y PERERA

Se na vida terrena, Azara illustre
Dá gloria ó trilho e rude
dos postreros a lóa á premio digno
do genio, é da virtude.
Nao tem patria á virtude:—A gloria é o genio
Cosmopolitas saó.

(Correa Barreiró. Flores literarias.)

Nació Azara en Barbuñales de Aragón, provincia de Huesca, el día 5 de Diciembre de 1730, de una de las familias más ilustres y de

esclarecida nobleza de este país. Estudiando en la Universidad de Huesca, en donde se graduó de doctor de jurisprudencia, pasó á Salamanca en 1749 agraciado por el rey con una beca en el colegio de S. Salvador de Oviedo, en el que perfeccionó sus vastos conocimientos y en el que sirvió, mientras estuvo en él, la plaza de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su claro saber y privilegiado talento, fué llamado á ella por Carlos III, que le confirió una plaza de oficial en la Secretaría de Estado en 1760. La facilidad y tino con que desempeñó cuantos asuntos se le cometieron, le valió ser nombrado en 1765, *Agente general de España en Roma*, cerca de la santidad del Papa Clemente XIII en circunstancias bien difíciles, que supo vencer con su superior talento.

Desde su llegada á la capital del orbe católico, fué tal su aprecio y estimación que supo granjearse de la corte Pontificia, de todos los romanos y de los ilustres extranjeros que la visitaban, que su casa llegó á ser bien pronto el punto de parada de todos los sabios, el refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor liceo ó academia científica, literaria y artística de Roma.

Luego que falleció Clemente XIII, la influencia de Azara en el Vaticano contribuyó bastante para la elección del *Cardenal Ganganelli* su amigo, el cual fué proclamado Papa con el título de Clemente XIV. Cumpliendo con su deber como Agente de España, tuvo Azara una parte muy principal en la extinción de la Compañía de Jesús, decretada por este Pontífice á petición de las testas coronadas de la casa de Borbón, si bien que desde entonces el protector más magnífico de los exjesuitas que se habían distinguido ó distinguieron después por su saber, los cuales hallaron en su palacio una cariñosa hospitalidad.

Elevado al pontificado Pío VI á la muerte de Clemente XIV, en lo que tuvo gran parte el caballero Azara, según documentos y cartas autógrafas de este Papa á aquel, creció la influencia de nuestro caballero en el Vaticano y con ella el ascendiente de España en Roma, hasta el punto de consultársele todos los negocios graves, la que se aumentó con su nombramiento de ministro plenipotenciario en 1784, en que sucedió al marqués de *Grimaldi*.

Arbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de Roma, no solo atajó en medio de su carrera de reformas eclesiásticas á su amigo el emperador de Austria José II, con el que arreglo personalmente las diferencias que tenía con el Papa á Leopoldo, gran duque de Toscana, y al duque de Parma Fernando I, que se hallaban indispuestos con el expresado Pontífice, si que también detuvo al coloso del siglo, al indómito *Napoleón Bonaparte*, cuando en 1796 se dirigía á Roma con su ejército para castigar los ultrajes que suponía la Francia republicana la había hecho el Pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de la guerra el *armisticio de Bolonia*. Por este hecho fué

proclamado el *Libertador* de Roma, nombrado uno de sus Senadores, y obtuvo el honor de que se le acuñase una medalla con su busto, la cual es bien conocida en los Museos de medallas y de los numismáticos, y de que se repitiese su retrato con entusiasmo por los principales pintores y grabadores romanos.

Durante la revolución francesa, las familias proscritas del desventurado Luis XVI y de Orleans, obtuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad; y como el desgraciado Pío VI le debiera también sumos cuidados y atenciones en el tiempo de su ostracismo, en su compañía, y por su consejo, hizo la bula por la que pudo después ser elegido fuera de Roma su sucesor Pío VII, al que también hizo servicios importantes.

Nombrado Azara, en 1798, embajador de España cerca del Directorio de la República francesa, que le recibió para más honrarle, en audiencia extraordinaria, y poco después de Portugal para arreglar su paz con la República, escribió su preciosa *Memoria sobre la pacificación general de Europa*. Llevó en aquel cargo su beneficencia hasta Constantinopla en donde alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran Señor, cuyo Gobierno solo por un medio quiso contratar los socorros para ellos; y llegó á tal su ascendiente con el Directorio ejecutivo de la República, que solo á él respetaba entre los diplomáticos, y á su petición cerró los clubs revolucionarios que declamaron contra España, y varió de sistema completamente. Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado talento, para salvar el crédito español, libró á la Francia de una inminente bancarrota, por lo que mereció las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué tal la confianza que tuvo en el talento y probidad de Azara el Directorio, que le encargó la formación de un plan marítimo de las escuadras combinadas contra Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la embajada de España; y tal el amor que le profesó, que cuando á fin de 1789 fué depuesto de la embajada por una intriga de corte, el mismo Directorio quiso mandar uno de sus miembros á Madrid para manifestar en nombre de la Francia que solo á Azara se reconocería por embajador, lo que se hubiera llevado á efecto sin las súplicas y formal repulsa del caballero, que se opuso á ello obstinadamente.

Habiendo dejado Napoleón el mando del ejército de Egipto al general Kleber, llegó de improviso á París pocos días antes de la salida de Azara, con el que se avistó al instante, y al abrazarse estos dos grandes hombres y amigos no pudo menos de formarse el plan que, á pocos días de la salida del caballero de aquella capital, puso el poder en manos de Napoleón, lo que se tuvo entonces y lo fué en efecto, por una fortuna para la Francia, que se hallaba en la mas espantosa anarquía, y de consiguiente la España, su aliada, no pudo menos de ganar algo en evitar aquel desorden que amenazaba turbar su tranquilidad. Azara in-

formó á Napoleón del estado del país, y le comunicó su opinión sobre lo que podía hacerse para defenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en París, como quería aquel, que le ofreció colocarle en el puesto público que más le halagase ó mantenerle en la grandeza que deseara con tal de que se quedase á su lado.

Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su casa de Barbuñales después de haber acompañado y servido en Barcelona á su desgraciada amiga la Princesa Adelaida, madre de Luis Felipe, último rey de los franceses; y este pueblecito de Aragón empezó á ser considerado, porque de toda Europa acudían personajes á visitar é nuestro Azara y los correos españoles y extranjeros le llevaban el aprecio de los sabios y de los hombres de bien.

(Continuará)

AL GENERAL RICARDOS

SONETO

De Italia los magníficos vergeles
vieron al coronel de veinte abríles
á la edad de los sueños infantiles
en vez de rosas cosechar laureles.

Más que fiestas y galas y oropeles,
más que el arrullo de lisonjas viles,
le halagaron los juegos varoniles
y el estrépito de armas y corceles.

Dejó en Orán de su valor memoria;
del Pacífico suena en las orillas
la voz que en Portugal canta su gloria.

Y España que, depuestas sus rencillas,
escribe en el Centón de la victoria
Masdeu, Pla del Rey, Tech y Truillas.

MANUEL DEL PALACIO.

Cantares populares

A la orillita del Ebro
tengo mis amores, madre,
y á la Virgen del Pilar
le digo que me los guarde.

La hermosura se marchita
y las miradas se apagan;
lo que jamás pierde el brillo
es la hermosura del alma.

Ya he *supido* de tu madre
que no me quiere *pa nuero*;
yo que soy tan testarudo
por lo *mesmo* más te quiero.

Ya sé que ha dicho tu madre
que yo para ti soy poco,
iremos á la alameda
y cortaremos un chopo.

Dicen que tu no me quieres
porque no tengo que dar;
cásate con el reló
que todas las horas dá.

HUESCA

Imp. de Blasco y Andrés á cargo de F. Degado.